

taba dotado de una alma intrépida y de una actividad prodijiosa. Los historiadores otomanos, no sabiendo cómo alabar la prontitud con que reunía sus tropas, devoraba las distancias, y sorprendía al enemigo, haciendo el paralelo de la presteza bastante conocida de los Tártaros con la de aquel príncipe, los comparan á los *caracoles que se mueven con lentitud*, y le pintan de una sola palabra con el sobrenombre de *Il-dirin* (el rayo). Muy secreto en sus designios, no los comunicaba á nadie, sabía escoger el momento favorable, y presentándose repentinamente en Europa, cuando le creían mas ocupado en Asia, tuvo los dos continentes suspensos durante catorce años. Aunque sujeto á la cólera, era naturalmente justo, y el primer movimiento violento, que se le calmaba muy pronto, reemplazaba á la clemencia. Su historia es uno de los ejemplos memorables de los caprichos de la fortuna, que parece complacerse en levantar, de tiempo en tiempo, colosos de gloria al apojío de las grandezas humanas, á fin que su caída sea mas inesperada y mas reumbante.

CAPITULO VI.

INTERREGNO DE ONCE AÑOS.

Privado el imperio otomano de la mano poderosa que le habia ensanchado y consolidado, vacilaba de nuevo sobre sus bases. De los cuatro hijos de Sultan-Bayezid, solo Suleiman reinaba en Europa, mientras que Muhammed, Muza é Iza se disputaban las provincias asiáticas. Aquellas disensiones intestinas duraron cerca de once años: los historiadores nacionales miran aquel período como un interregno, por la razon de que, en aquel intervalo, ninguno de los pretendientes reunió todos los poderes del estado, ni fué á un mismo tiempo reconocido como soberano en Europa y Asia. La autoridad absoluta y universal en todo el imperio constituye por sí sola la soberanía, según aquellos escritores. Así es que solo desde el año 816

(1413) fué cuando Muhammed tomó el título de Sultan, despues de haber triunfado de sus hermanos.

Ya hemos visto, en el capítulo anterior, que Suleiman, Iza y Muhammed habian logrado, despues de la funesta jornada de Angora, escaparse de las tropas victoriosas de Timur-Leng. El primero, hijo mayor de Bayezid, huía hácia Brusa, acompañado del gran visir, Ali-Bajá, del agá de los jenizaros y de algunos otros oficiales superiores, y perseguido por treinta mil soldados de caballería tártara, bajo las órdenes de Mirza-Muhammed-Sultan, nieto de Timur. Suleiman fué perseguido con tanta tenacidad, que no tuvo mas que el tiempo suficiente para meterse en una barca y salvarse en Europa. Los soldados de Timur, habiéndoles faltado su presa, se consolaron apoderándose del tesoro público, de la bajilla de oro y plata, y de todos los objetos preciosos que encerraba Brusa. Aquella ciudad fué entregada á todos los horrores del saqueo y el incendio; y las mezquitas profanadas sirvieron de cuadras á los caballos del vencedor.

Habiendo sabido Timur-Leng la fuga de Suleiman, le envió embajadores para invitarle á que se dirijiese á su corte, ó le pagase un tributo. El hijo mayor de Bayezid respondió á aquel mensaje diciendo que estaba pronto á comparecer ante la *Sublime Puerta* del conquistador, con tal de que su ilustre prisionero fuese tratado como rey. El jeque Ramazan, encargado de aquella mision, ofreció al príncipe tártaro caballos y pájaros adiestrados para la caza. «He olvidado lo pasado, dijo Timur al enviado de Suleiman; que venga tu amo sin temor cerca de mí, á fin que pueda darle pruebas de mi amistad.» Despues de aquella respuesta benévola, entregó al jeque un cinturón de oro y un bonete bordado de lo mismo, y le colmó de señales de estima y de consideracion. Aquella conducta jenerosa en apariencia, no era en Timur mas que el fruto de una política astuta; porque al mismo tiempo que entregaba al jeque Ramazan un diploma

por el que investia á Suleiman con la soberanía de las provincias otomanas situadas en Europa, acogía con distincion los mensajeros de Iza y de Muhammed, entretenía secretamente las esperanzas rivales, y por otro lado, restablecía en sus estados á los príncipes desposeídos por Sultan-Bayezid. Por medio de aquellas arterias, debilitaba el imperio otomano, rodeándole de soberanos enemigos, y le esponía á todos los furioses de la ambicion y de la anarquía.

Mientras que Suleiman, retirado en Andrinópolis, era saludado emperador por las pocas tropas que habian quedado en Europa, Muhammed, arrancado en medio de la pelea por Bayezid Bajá, se refugiaba en las montañas. Retirándose, alcanzó muchas ventajas sobre los jenerales de Timur, que querian estorbarle el paso. Convidado igualmente por el conquistador tártaro á que fuese á visitar su campo, temió ponerse entre las manos del temible vencedor, y se ciñó á enviarle su gobernador Sofi-Bayezid, el cual, de vuelta de su embajada, notificó al jóven príncipe la muerte de su padre.

Mientras que Timur, satisfecho de sus conquistas, reunía sus hordas bárbaras en el centro del Asia, se apoderaba Muhammed de las cercanías de Tokat y de Amasia; Suliman reinaba en Andrinópolis; y á la primera noticia de la muerte de Sultan-Bayezid, Iza, escondido en Brusa, acababa de ser proclamado soberano por el beilerbei Timurtach. Abanza Muhammed contra este nuevo competidor, le bate en el desfiladero de Ermení, y le propone partir con él el imperio de Asia. Habiendo Iza desoído aquella oferta con altanería, alcanza Muhammed una segunda victoria sobre Timurtach, y obliga á su hermano á huir hasta Andrinópolis, donde Suleiman le suministra algunas tropas, con las que vuelve á pasar al Asia. Batido de nuevo y en diferentes encuentros por el dichoso Muhammed, acaba Iza por desaparecer de la escena política; las versiones contradictorias de los historiadores dejan en duda si pereció

por órden de Muhammed, ó si desapareció como su hermano Mustafá despues de la derrota de Bayezid.

Libre apenas de un rival, encuentra Muhammed otro mas temible en Suleiman. Este príncipe, hasta entonces mero espectador de las querrelas de sus hermanos, acababa, para consolidar su poder naciente, de concluir un tratado de alianza con el emperador griego, el cual se habia casado con su sobrina, y á quien habia el hecho concesiones importantes por precio de los socorros que le prometia Manuel II. Sumido hasta entonces en las delicias de una ociosidad licenciosa, Suleiman se halla repentinamente arrancado á los placeres por la noticia de las ventajas de Muhammed, y de la traicion del gobernador de Esmirna, el subachi Kara-Djuneid. Pasa Suleiman el Helesponto, apodérase de Brusa, marcha hácia Pérgamo, de allí sobre Esmirna, y se acampa en fin á seis leguas de Efeso, á la cabeza de un ejército de veinte y cinco mil hombres. Djuneid, ligado con los príncipes de Kermian y de Karamania, y contando con sus socorros para resistir á Suleiman, es sabedor de que sus aliados deben entregarle. Asustado con aquella resolucion, decídese á evitar el golpe, abandona, durante la noche, su palacio, y va, con una cuerda al pescuezo, á deponer su arrepentimiento á los piés de Suleiman, quien le perdona. Entra aquel como vencedor en Efeso, mientras que su visir, Ali-Bajá, se apodera de Angora. Muhammed, llegado demasiado tarde para defender aquella ciudad, se dirije sobre Brusa, donde Suleiman olvidaba el peligro en el seno de los placeres. La aproximacion del ejército de su hermano, cercano á pasar el Sagaría (*Sangarius*), le inspira al principio la tímida resolucion de huir á Europa; mas, vuelto en sí por la enerjia de Ali-Bajá, avanza para librar batalla á Muhammed. Una carta del astuto visir ocultando su ardid de guerra bajo una apariencia de afectuosidad, instrua al mismo tiempo á Muhammed de una prevenida conspiracion urdida en su mis-

mo ejército. Determinale aquel falso aviso á retirarse á Amasia. Aproxímase Suleiman de aquella retirada para sitiarse el fuerte de Siwri-Hysar. En aquel momento, el príncipe de Muza, que Timur, antes de su marcha, había confiado al señor de Kermian, ofrece á Muhammed trasladar la guerra á los estados de Suleiman, obtiene socorros de los kral de la Valaquia y de la Servia, y pasa á Europa: vendido por los Servios, vése obligado á cejar ante la fortuna de Suleiman, que toma de nuevo posesion de Andrinópolis. Este príncipe, dotado de la mayor parte de las cualidades que constituyen á los grandes hombres, los aventaja por los escasos vergonzosos á que se entregaba sin cesar. De este modo se sumió, despues de la huida de Muza, en los placeres mas groseros, donde acabó de perder todo el resto de enerjía, mientras que su antagonista, lleno de vijilancia, recomponia su ejército y se presentaba sin saber cómo sobre los muros de Andrinópolis. En vano le advierten los mas fieles servidores de Suleiman el peligro que le amenaza; riése de sus avisos, y hasta hace cortar con un sable la barba al agá de los jenizaros. Aquella afrenta, la mas grande que pueda recibir un musulman, causó la pérdida del príncipe. Abandonanle casi todos sus emires, y pasan á las filas de Muza. Fúgase Suleiman: reconocido en la riqueza de sus vestidos, es muerto por los arqueros; su cuerpo es llevado á Muza, quien le hace dar sepultura en el sepulcro de su abuelo Sultan-Murad.

Suleiman, que reinó durante diez años en las provincias europeas del imperio otomano, y á quien esta circunstancia le ha hecho contar entre los historiadores griegos y occidentales en el número de los Sultanes, bajo el nombre de Suleiman, habría pasado por un gran príncipe, si hubiese sabido resistir mejor al veneno de los deleites. Valiente, clemente y jeneroso, protector de las artes y de las ciencias, rodeó su trono de hombres ilustres, de poetas del primer orden: cítanse entre otros, el imam Suleiman-Techelebi, autor

de muchos poemas á la gloria de profeta; Niesi, otro poeta, cuyas obras fueron destruidas en la invasion de Timur-Leng; Ahmed, autor de una historia de *Alexandro el Grande*, en veinte y cinco libros. Este último había sido admitido en la intimidad del conquistador tártaro, quien toleraba á su favorito los epigramas mas atroces. Timur había ido al baño con Ahmed: «¿Cuánto me estimas tú? le preguntó. — Ochenta aspros, respondió el poeta. — Ese es el valor de mi camisa,» replicó Timur riéndose. — De ella sola es de la que yo hablo, repuso Ahmed; y no de ti, porque tú no vales nada.» Lejos de enfadarse con aquella chanza un poco picante, el monarca tártaro recompensó el autor.

La muerte de Suleiman dejó á Muza dueño absoluto de la parte europea del imperio. Aquel príncipe, con alma fria y cruel, hace quemar en sus calderas á los habitantes del pueblo al que pertenecian los asesinos de Suleiman, diciendo que unos esclavos no tenian derecho para dar la muerte á un príncipe de la gloriosa raza de Osman. Devasta en seguida los estados del kral de Servia, cuya traicion no había olvidado aun, pasa al filo de la espada las guarniciones de tres fortalezas, y sobre un monton de cadáveres, manda que pongan tablas, y da un festin á sus oficiales.

De vuelta de aquella sangrienta expedicion, marcha Muza contra Sijismundo, rey de Hungría, á quien derrota en una batalla campal. Apodérase de muchas ciudades en las orillas del Strymon, y envia al emperador griego, Ibrahim, hijo de Ali-Baja, para reclamarle el tributo. El infiel mensajero induce á Manuel Paleólogo para que resista á las órdenes del tirano, y se refugia á Brusa, al lado de Muhammed. Irritado Muza con aquella traicion, entra en Tesalia, hace prisionero al sobrino del emperador, se dirige sobre Constantinopla, y sitia aquella capital. Entonces Manuel llama á su socorro á Muhammed; mas este último, despues de haber tentado sin éxito dos salidas, se vuelve al Asia,

de la sublevacion de sus tenientes Djuneid y Yakub exijia su presencia. En fin el kral de Servia, el emperador griego y el príncipe de Zul-Kadri reunen sus fuerzas á las de Muhammed, á fin de concluir de una vez las eternas disputas de los dos hijos de Bayezid (1). Abandonado Muza sucesivamente por todos sus jenerales, se refugia en una colina, con siete mil jenizaros, último cuerpo que le quedaba, y cuya fidelidad había comprado distribuyéndoles el oro en tan gran cantidad que le median con sus *ketches* (bonetes). Siguele Muhammed, y coloca su ejército en batalla. En aquel momento el agá de los jenizaros, Hazan, uno de los primeros que habían hecho traicion á Muza, sale de las filas y estimula á sus antiguos compañeros de armas para que pasen al ejército de Muhammed. Muza, furioso, se arroja sobre Hazan y le hiere mortalmente; como iba á darle un segundo golpe, el oficial que había acompañado al agá separó con su sable y cortó la mano del Sultan. A este aspecto, apodérase un terror pánico de los soldados de Muza; se desbandaron, y él mismo, viéndose abandonado, huyó, cayó en un cenagal, fué hecho prisionero por uno de los soldados de caballería enviados en su perseguijmiento, y conducido á la presencia de Muhammed, quien le hizo ahogar inmediatamente. Su trájico fin, acaecido en 816 (1413), despues de un reinado de tres años y algunos meses, terminó la guerra civil que asolaba al impe-

rio otomano, y aseguró la posesion á Muhammed, cuyo advenimiento no data mas que desde aquella época; pero la agitacion producida por aquellas turbulencias interiores no pudo apaciguarse en mucho tiempo, y estallaron varias insurrecciones en diversas ocasiones durante los ocho años del reinado del sucesor de Bayezid-Ildirim.

A pesar de aquellos sacudimientos, reunido por último el imperio bajo un mismo cetro, se libertó de la destruccion inminente ó del desmembramiento con que le amenazaba la guerra civil; y la dinastía de Osman salia triunfante de aquella sangrienta prueba en aquellas largas luchas intestinas.

El reinado de Muza fué demasiado corto para permitir á aquel príncipe el dejar huellas durables. No tuvo el tiempo necesario para concluir la soberbia mezquita principiada en Andrinópolis por Suleiman. Cítase como obra suya una escuela establecida en Gallipoli: entre los sabios de su época, el mas notable es Bedreddin, autor de tratados de jurisprudencia y teología. Había sido honrado por Muza con la dignidad de juez del ejército (*hazi-asker*). Algunos años despues, fué condenado á la horca por haber tramado una conspiracion de derviches contra Mubammed. Bien pronto hablaremos detalladamente de esta insurreccion, la mas peligrosa de cuantas han conmovido el imperio otomano. En la historia del Oriente moderno, es la única que haya sido concebida por religiosos, con la mira de explotar el fanatismo á favor de una idea política.

CAPITULO VII.

SULTAN-MUHAMMED-KHAN, vulgarmente MAHOMETO I, HIJO DE BAYEZID-ILDIRIM.

Quando la muerte del último y mas temible de los pretendientes á la sucesion de Sultan-Bayezid, hubo por último asegurado el trono á Sultan-Muhammed, el pueblo y el ejército, cansados igualmente de la guerra civil, saludaron con sinceras y

(1) Los analistas otomanos no escusan al príncipe Mubammed el haber introducido en su ejército tropas extranjeras, sino por la urgente necesidad en que se hallaba; porque una preocupacion religiosa se oponia á aquella mezcla de guerreros infieles con los hijos del profeta. Muhammed, para chocar lo menos posible con la opinion pública, no aceptó los soldados de Manuel II sino con la espresa condicion de que los dos cuerpos de ejército obrarian separadamente. Estos mismos escritores no dejan de atribuir la derrota de Bayezid por Timur-Leng á la cooperacion de veinte mil Servios que el Sultan había recibido en su ejército. «No puede verse sin gran escándalo, dicen ellos, la union de la cruz y de la media luna, y los estandartes de Mahoma confundidos con los de Cristo.»